

de Matusalén. Aun vive la hija, para gloria de la enseñanza que, por lo visto, no mata.

No tengo recuerdo preciso de mis travesuras, pero sí retengo indeleblemente los castigos que me impusieron para corregirme. Una vez, irritada la maestra, descolgó una pesada fiambrera de su rondana y alzóme en peso. Estuve dos horas en alto, penitenciado, creía ella. Yo me divertí sobremanera: desde la altura olímpica contemplaba a la humanidad sufriente (los niños que delectaban, y a quienes se les exigía el catecismo de memoria). Reía solo de vez en cuando y otras veces con algunos ojos que encontraban los míos.

La vida en suspensión es deliciosa: paréceme majestuosa. ¡Feliz debió ser la raza de Icaro!

La maestra, apercibiéndose del resultado negativo de su experiencia penal, no la generalizó a mis compañeros.

A esa edad hasta de los castigos se saca partido. Bajé radiante cuando me vinieron a buscar para el almuerzo. Mis camaradas me saludaron complacidos; ese día fui un héroe para ellos.

En otra ocasión me sentaron fuera, en un balcón. De las orejas colgaba una lengua de trapos.

Creó avergonzarme la maestra con esta exposición al aire libre. Se equivocó: no me inmuté. Sereno presencié el desfile de las gentes, y cuando me sacaron le dije en tono impertinente: «No se me hubiese importado aunque hubiese pasado nuestro rey.»

Mi madre, muy temerosa de las corrientes de aire y de las mojaduras, acostumbraba tenerme en casa cuando llovía.

Invariablemente se arrepentía de ello al cabo de la ruda jornada.

«Irás a la escuela, aunque lluevan chuzos, otra vez», me decía la pobre. Llegaba otro día lluvioso, y con su instinto de madre cuidadosa triunfaba de todas las molestias, haciéndome quedar a su lado, ocioso.

La paciencia y la abnegación son cualidades en verdad femeninas.

Mi único *gros peché* en esos tiempos era el no poder estar quieto so ninguna circunstancia. Un día que inflaba un globito, salté tanto al hacerlo, que me lo tragué. Hubiesen visto mi espanto. Parecía Hamlet antes de entunciar el célebre monólogo.

Aunque mi pobre y pequeñísimo cerebro no podía urdir tan elevadas reflexiones, díjeme lívido: «Viviré o no viviré?»

No conocía entonces, dichoso pasado, a Shakespeare; sin embargo, su sutil pensamiento se encendía en una mente infantil. Corrí hacia la más anciana de la casa, matrona de níveos cabellos y de encantadora bondad: «Misia Corina, me he tragado un globito.»

Mi espíritu, hasta entonces estoico, desfalleció: lloré, lloré...

Ella se echó a reír y cuantos supieron del suceso. No pude comprender cómo pudieran hacerlo ante mi inmensa desgracia. Me dijeron todos a una estuviese quieto, muy quietecito, porque si no volaría. Ante semejante perspectiva no me moví más de un sillón en toda la santa tarde. Sufría horriblemente: la idea de volar para siempre me importunaba. Dejar a mis padres, a mi teatro, a mis grandes amigas, a mis padrinos, a mi hermanita, era terrible para mí. Cuanto más tranquilo estaba, tanto más febril era la actividad del cerebro y del corazóncito. La gente no podía conciliarse con la idea de mi inquietud; tenía más de *derviche* que de *fakir*. Mi aventura era pasto para risas sin fin, mientras yo estaba triste, tristísimo, por el temor de volar. Si Santos Dumont me oyere, llamaríame bruto y tímido.

No muy lejos de este episodio ocurrió un suceso felicísimo para mi imaginación poblada de bailarinas, a'tores (me comía el *ac* de esta palabra), del primer acto, del segundo y tercero.

Debo confesar que junto a toda esta *féerie* del escenario, vivían para mí los santos en la más envidiable armonía.